

América fabrica doctrinas sociales, descontentos y retóricos. Es una buena ocurrencia, porque con ello no se corre el riesgo de una conflagración. Fiel a su pasado, este continente que aun reza a Jesucristo y aun habla en español, sigue siendo el continente del tercer día de la creación. Sus enormes extensiones están vírgenes, sus tierras aun siguen desconocidas de sus propios habitantes y ríos y caminos, pasan de un país a otro, en la soledad centenaria de siempre. Tan desconocidos se sienten hoy, unos pueblos respetos de otros, como hace un siglo. Los imperialismos apenas se diseñan. Las fronteras se han cerrado y lo que pudo ser un vasto campo de solidaridad continental, no es más que un sitio de pequeños odios, el patio de vecindad, en el cual estallan ambiciones y orgullos vanos de nacionalidades. «Yo más que tú... Tú menos que todos...».

Y así ha pasado el año. El que se inicia, puede traernos realidades mejores, algunas ilusiones y la esperanza de que la civilización europea pueda convencerse de que está preparando con sus propios instrumentos de cultura la mayor catástrofe social de que hay memoria y haga un esfuerzo supremo, heroico, para evitarla.

Bourget

*A los ochenta años ha muerto Paul Bourget. Son por lo menos cincuenta de vida literaria activa, en la formación de un ciclo novelesco de indudable trascendencia en la historia de la novela francesa. Había dejado de ser el autor de moda. Otros ídolos para esa renovación incesante que exigen los públicos habían hecho resbalar hacia el olvido al autor de *Le Disciple*. El mismo había abandonado las antiguas formas de tratar la novela y se había entregado con pasión de convencido a luchar por la tradición del orden. Aquel psicólogo que estuvo a la moda en los comienzos del siglo, que descompuso los sentimientos para realizar sus teoremas pasionales, como un matemático había colocado todas sus energías de los últimos años, al servicio de la tradición. Con la post-guerra*

habían caído sobre Francia nuevas y dolorosas angustias de carácter social. Bourget que después de l'Étape, siguió el curso que le señalaba su conversión al catolicismo, no podía permanecer inactivo frente a las nuevas interpretaciones de la realidad política.

Todos los movimientos de la sociedad francesa de pre-guerra están aprisionados en las novelas, por este escritor de los más serios que tuvo Francia. No es decirlo así, suponer que otros lo fueran menos o acaso en parte reducida. En Europa es posible encontrar estos hombres de letras que hacen de su profesión un culto apasionado y profundo. Sea cualquiera la línea doctrinaria que sigan, las ideas a las que presten todo su entusiasmo, o los movimientos sociales a los cuales entreguen el fervor de su cultura, lo hacen con la total entrega de su fe. Bourget perteneció a esa categoría de escritores que transforman sus libros en tribuna de propaganda. En Bourget se mezclaban para hacer más completo este esfuerzo, su sentido admirable de la novela, su instinto artístico, su severa sensibilidad de maestro.

Sus novelas, como hemos dicho fueron teoremas sentimentales. Se proponía arrancar a la mudable condición de las pasiones su secreto o su razón oculta. Trazaba los esquemas psicológicos con rara maestría y aplicaba en su estudio los métodos de la ciencia. Fué un hombre de ciencia, en cuanto hizo del corazón humano una experiencia anatómica. Queremos decir que en la intención de los movimientos pasionales o en los reflejos que de tales pasiones derivaban, procedía como un fisiólogo. Inclinado sobre el mundo que le rodeaba, sobre la vieja nobleza de Francia, sobre la burguesía adinerada, sobre las castas que nacieron del tumulto de las revoluciones o sobre esa burguesía de los sabios y profesores modestos, extraía de él las menores fibras para trazar ese cuadro general de la sociedad que nace en *Le Disciple* y termina en *Le Demon du Midi*, pasando por esa etapa de la conversión en que el racionalista vuelve la espalda a sus apasionadas experiencias y se entrega al culto del catolicismo.

La aparición de Bourget en las letras francesas tiene una es-

trecha conexión con el movimiento naturalista. Puede decirse que, no obstante, haber nacido casi de la entraña de esa escuela, reaccionó contra ella más tarde, para atemperar los excesos que según los historiadores de la literatura francesa, había ocasionado al arte de novelar, la escuela de los pontífices de Medan. El naturalismo era reacción contra el arte por el arte. Para ellos la fórmula se había cambiado por otra: «el arte por la vida». Y este arte por la vida había hecho de Zola especialmente, el más vigoroso de los sostenedores. Actualmente Francia asiste a un resurgimiento de Zola. Caído en el olvido un tiempo, justamente al nacer ese psicologismo del cual fué Bourget uno de sus principales intérpretes, el autor de los Rougon Macquart, resbala hacia el plano inmediato de la actualidad y sus libros parecen anticipaciones de estas luchas sociales de hoy, contra las cuales levantó su protesta el escritor que acaba de morir.

Bourget había buscado en las tesis el resorte de mayor vitalidad para sus obras novelescas. Construía con seguridad limpia de técnico. Fué un tiempo el autor de moda. Analizó lo infinitamente complejo del alma de la mujer, en sus pasiones y en sus desenfrenos. Y al sobrevenir más tarde la hecatombe de la guerra, se levantó para condenar en nombre de la tradición, los excesos de la izquierda literaria y filosófica, que la guerra había hecho nacer del fondo mismo de la explotación humana. Bourget había sido siempre un católico y un monarquista. No creía que la salvación de Francia pudiera buscarse en otro rumbo que no fuera el de colocar todas sus instituciones al servicio del orden católico. Tal vez esta misma postura hizo que la juventud le volviera la espalda. Por lo menos esa juventud que había padecido los horrores de la guerra, que había sido víctima de la brutalidad de ese orden político que no fué capaz de contener el monstruoso sacrificio de tantas vidas jóvenes.

La muerte de Bourget es indudablemente una pérdida sensible para las letras francesas, y en especial para los equipos de la reacción monarquista. Su obra de novelador queda como uno de los documentos más singulares de la evolución de la sociedad fran-

cesa del último cuarto del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX, en sus costumbres y en sus ideas. El investigador de tantos dramas sociales y de tantas pasiones, tuvo una dignidad severa en su función de escritor. Sea cual sea el punto en que se colocó para contemplar el drama humano, merece el homenaje que le han rendido, puesto que fué uno de los escritores más fecundos y más atentos al espectáculo de la evolución y complejidad de la sociedad de su tiempo.